

ropa cayó en el lazo; aplaudió unánimemente á una institución que en sus ideas realizaba su preeminencia, y por lo tanto, este acontecimiento iba á sacarla de sus bases y la hubiera destruido infaliblemente. ¿Por qué ha sucedido que la opinión que yo ponía en boga tuviese la desgracia de servir precisamente á sus enemigos? ¡Ah! Yo he tenido esta desgracia más de una vez, (1).

¿Será necesario responder á estos sofismas? Napoleón, en Santa Elena, se excusaba y quería justificar sus errores, pretendiendo que había sido mal comprendido. No, la opinión pública, al reprobar los decretos que restablecían los feudos, los mayorazgos y la nobleza, no se equivocaba; aquello era un retroceso muy antipático á la generación del 89. No, el mérito no pide que se le recompense con títulos que han sido el patrimonio de la ociosidad y de la nulidad. Tendríamos mala opinión de un hombre que deseara ser noble; por más que se hiciera grande por la inteligencia, sería pequeña por el corazón, puesto que creería engrandecerse no haciendo más que bajar al nivel de las gentes que no son buenas más que para poblar de criados las antecámaras de los grandes. Decir que la nobleza imperial no era una nobleza de sangre, es juzgar por palabras; ¿no es lo mismo toda la aristocracia en su origen? Los señores feudales comenzaron también por prestar sus servicios á la sociedad; si hubieran visto á sus miserables descendientes, se morirían de vergüenza. ¿No hubiera sucedido lo mismo á la nobleza imperial? La segunda generación sería, es verdad, una aristocracia de la sangre, pero tan orgullosa y tan inútil como la antigua nobleza.

Una de las más singulares ilusiones del emperador era la de creer que esta plebe, hinchada con los títulos y los honores y llena de riquezas, sería un apoyo para su trono. La tiranía engendra el servilismo, y el servilismo, lejos de inspirar la abnegación, impulsa á la alevosía. Daru, uno de los instrumentos más inteligentes del régimen imperial, decía al barón de Stein: "Considerad la voluntad del emperador como el fatum; es necesario someterse á él." Los oficiales de Napoleón predicaron el ejemplo. Un ministro del duque de Mecklemburgo, habiéndose quejado del ejército francés,

recibió esta característica respuesta: "Señor, la voluntad del emperador debe cumplirse. Ved ese árbol; si el emperador me manda que os cuelgue de él, dentro de un minuto quedaréis colgado, (1). Cuando se siembra el servilismo, se recoge el egoísmo; aquellos que tienen intereses particulares que conservar ponen en su traición la misma interinidad que habían empleado en su obediencia de esclavo. Es decir, que Napoleón, al prodigar sus favores á sus generales y á sus administradores, creaba otros tantos traidores. Repitamos las palabras que el emperador, destronado, les dirige: "Ved esos bravos soldados que no tienen ni sueldos, ni grados que salvar; no piensan más que en marchar y en morir por arrancar la Francia de manos del extranjero, (2). ¡Sabido es lo que hicieron aquellos generales tan llenos de títulos y de grandes sueldos! Los que hayan leído las memorias de Santa Elena deben recordar aquella mujer colmada de beneficios por el emperador y que escribía en 1814: "Gracias á Dios que el pequeño hombre va á caer y nosotras quedaremos siendo verdaderas condesas." Hé aquí en toda su impudencia los sentimientos de la aristocracia.

Es necesario añadir, para enseñanza de la posteridad, que la Francia, entera, salvo algunos heroicos soldados, asistió con indiferencia á la caída del héroe que en un tiempo tanto había aclamado. Hé aquí aún otro fruto del despotismo. Nos hemos asombrado hoy día de que una nación militar se haya dejado invadir y despojar por los enemigos que tantas veces había vencido. Recordemos el abatimiento, la postración de los Galos después de algunos siglos de despotismo imperial, y encontraremos la clave del enigma. El poeta dice que los esclavos pierden la mitad de su alma; lo mismo sucede á los pueblos regidos por un poder absoluto, porque sin libertad no hay vida. Esto disculpa las deslealtades y traiciones de 1814; pero decimos mal, los traidores y los desleales no tienen jamás disculpa; pero su innoble versatilidad, que tanto disgusto nos inspira, se explica. Napoleón se queja con amargura. En una orden del día se lee: "Si el emperador hubiera despreciado los hombres, como se le imputa, el mundo reconocería en la ac-

(1) PERTZ, *Leben des Freiherrn vom Stein*, t. II, p. 447.

(2) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, libro LIII (tomo V, p. 526).

(1) LAS CASAS, *Memorial de Santa Elena*, t. VII, p. 221 y siguientes (edición en 12.º).

tualidad que ha tenido razón., Aplaudimos esta justa censura de las defecciones de 1814. Pero ¿quién es el culpable? ¿No es el emperador? Cuando se destruye el más noble sentimiento del hombre, la libertad, ¿habrá que extrañarse que no que de más que la podredumbre de los intereses materiales?

El abatimiento de la Francia chocó á los vencedores de Napoleón; y cuando, á su entrada en París, oyeron los gritos mil veces repetidos de *vivan los aliados! vivan nuestros libertadores Alejandro y Federico Guillermo!*, les dió vergüenza de los vencidos, ¡y había para qué! (1). Hay, sin embargo, que hacer una salvedad: los soldados hubieran muerto hasta el último por su emperador y por su bandera; y también el pueblo, según testimonio de un contemporáneo, guardó un triste silencio (2). No hubo allí más que las altas clases, y, sobre todo, las grandes señoras, que se prostituyesen al enemigo y al extranjero: "No recuerdo, dice el duque de Rovigo, que se omitiera cosa alguna para hacer resaltar la degradación en que se había caído (3). El Senado, digno órgano de la chusma de la corte, proclamó tirano á aquel á quien él había ayudado en el despotismo con sus continuas adulaciones. Prueba, dice un historiador francés, de que en nuestros días es imposible el despotismo (4). Es necesario decir más: Napoleón cayó porque había querido destruir la libertad; y para vencerle, los reyes coaligados tuvieron necesidad de escribir en su bandera los principios del 89.

§ III.— Napoleón revolucionario.

I

Napoleón era contrarrevolucionario por esencia, porque había nacido déspota y conquistador; pero también, es verdad que era revolucionario. En Santa Elena protestó contra el cargo que se le dirigía de haber vulnerado las ideas liberales y ofendido á los pueblos: "No son los pueblos, decía él, los que han sido mis enemigos, sino la oligarquía; porque mi gobierno era eminentemente popu-

lar, (1). Las grandes guerras, al mezclar las naciones unas con otras, son siempre un elemento de revolución; y cuando se hacen por un pueblo que está él mismo en revolución, y que es, por decirlo así, la revolución encarnada, es imposible que no difundan ideas revolucionarias. En ese sentido se puede decir que el emperador fué la espada de la Revolución y que removió hasta en sus antiguos cimientos las sociedades europeas. Pero su régimen fué verdaderamente el del despotismo, más todavía en los pueblos conquistados que en la misma Francia, puesto que Napoleón era para aquéllos un vencedor, un conquistador que les despojaba de su independencia; sólo que también había en aquel régimen un principio de libertad, y esto lo prueba bien el que la reacción siguió inmediatamente á la caída del imperio, y esa reacción fué en todo el continente la de la aristocracia y de la antigua monarquía contra las conquistas del 89. Lo demuestra también el que en Alemania, los países donde, bajo la influencia francesa, se establecieron instituciones constitucionales, fueron precisamente aquellos que habían estado bajo la dominación del emperador (2). Y así debía suceder; por más déspota que fuese Napoleón, tuvo que conservar la bandera del 89, y los tres colores eran el emblema de la Revolución hasta el punto que, llevándolos el grande ejército por todas las capitales de Europa, realizó la profecía de Mirabeau. En los designios de Dios, los reyes y los aristócratas coaligados contra la Francia vinieron á ser instrumentos de su propia perdición, perdición que se les había pronosticado desde lo alto de la tribuna francesa; pero no lo comprendieron, y provocaron la revolución que debía abarcar el mundo entero.

La historia es el espectáculo de las contradicciones humanas. Si la antigua monarquía, al declarar la guerra á la nueva Francia, fué causa ó ocasión de la propaganda revolucionaria, se comprende bien que Napoleón, heredero de la Revolución, difundiera sus principios, á pesar de su naturaleza despótica. Ciertamente restauró la monarquía en Francia; pero en vano se hizo consagrar por el papa; no era rey por la voluntad de Dios; lo era por la voluntad del pueblo, y la monarquía popu-

(1) *Die gallische Unzucht* (la deshonra gala), decían los Alemanes.—HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. IV, p. 562.

(2) MONTGAILLARD, *Historia de Francia*, t. VII, p. 400.

(3) *Memorias del duque de Rovigo*, t. VII, p. 266.

(4) MIGNET, *Historia de la Revolución francesa*, c. xv.

(1) MONTHOLON, *Memorias de Napoleón*.

(2) GERVINUS, *Geschichte des XIXten Jahrhunderts*, t. II, página 591.

lar es la ruina de la monarquía legítima. Si el imperio hubiese permanecido solitario, si las antiguas monarquías hubieran rehusado reconocerle, aun eso hubiera sido un hecho aislado y sin influencia alguna; pero la fuerza ejerce un maravilloso prestigio sobre los reyes, y todos se apresuraron a cumplimentar al nuevo emperador. ¡Los ignorantes! Ellos destruyeron el reinado que habían hecho con sus propias manos.

Gentz, el publicista, el escritor de la coalición, reconoce la importancia de este hecho; ¿qué digo?, profetiza la ruina de la antigua dinastía, y su predicción se ha cumplido á nuestra vista: "Si los soberanos, dice él, admiten el título de Bonaparte y el de su pretendida dinastía, la página más majestuosa del derecho público se ha roto, pisoteado y reducido á polvo; la magia del poder supremo ha caído para siempre; la Revolución ha sido sancionada y casi santificada; las usurpaciones de todos los malvados, que pronto ó tarde vieron la caída del imperio, han sido favorecidas desde luego; su triunfo está asegurado y proclamado, y nada impedirá en adelante al primer bandido, con el talento y el valor del crimen, ponerse enfrente del primer soberano de Europa, y decirle con toda la confianza que debe inspirar el increíble desenlace de la sangrienta tragedia de nuestros días: "Dentro de diez años yo estaré en tu lugar," (1). Hay una singular majestad en el tono enfático del escritor alemán; es violento, casi brutal, mas la veracidad que él predice á los reyes es indeleble. Es un malvado, es un ladrón quien ha usurpado el trono de San Luis, sea; pero hé ahí á todos los soberanos de la Europa que reciben de ese brigante coronado, de ese malvado venido á ser emperador en su santa hermandad. Y todavía no hemos llegado al fin: aquel nuevo colega se llama emperador; su pretensión es la de restablecer el imperio de Carlomagno, y los reyes de antigua alcurnia serán los vasallos de un soldado de fortuna. Los reyes aceptaron ese papel humillante, é hicieron más: corrieron en busca de la servidumbre, pues se les vió ocupar las antecámaras del usurpador y mezclarse con aquellos ayudas de cámara que se prosternaban ante el poder omnipotente. Se le antoja al Corso tener una princesa como compañera de su lecho, y los reyes y los emperadores le hacen la

(1) GENTZ, *Memorias sobre la necesidad de no reconocer el título imperial de Bonaparte (Mémoires et lettres inédites, p. 9).*

corte y se disputan la preferencia. ¿No están bastante envilecidos? (1).

La disculpa de los reyes es que Napoleón era el hombre del destino. Pero se le antojó á este hombre colocar las coronas sobre la cabeza de sus hermanos y de sus cuñados, y hubo siempre por parte de los antiguos reyes facilidad en reconocer á estos que eran de teatro. ¿Qué es lo que constituye el reinar? ¿Es aún la imagen y el órgano del poder divino? ¡Singulares representantes de Dios los Jerónimo, los José y los Luis, los Murat y los Bernadottes! Hé aquí aún una vez más una de esas contradicciones manifiestas que abundan en la historia de Napoleón: ¡se hizo consagrar por el papa para santificar la dignidad imperial, y él mismo rebajaba á cada momento esa misma dignidad! Un día destituye reyes como si se tratara de prefectos imperiales: Fulano de tal ha dejado de reinar, tal es la fórmula. Otro día insulta á los reyes en sus gacetas, y más aún en una audiencia solemne: frente á su embajador, insultó á una reina tratándola de moderna Atalia (2). De esta manera Napoleón envilecía y arruinaba aquello que quería legitimar. ¿Y qué ha quedado de su obra?

Escuchemos á Víctor Hugo:

Il attelait des rois aux chars de ses victoires (3) (a).

El poeta es el órgano del espíritu revolucionario. En 1793 un rey subió al cadalso, y se juró odio eterno á la monarquía. Napoleón, por más emperador que fuera, prosiguió la obra de la Convención (4):

*Ses pieds éperonnés des rois pliaient la tête.
Et leur tête gardait le pli (b).*

Hay una decadencia peor que la de la fuerza impuesta: se ve á los reyes hacerse esclavos voluntarios de un soldado de fortuna:

Les rois, fils de cent rois, s'inclinent quand il passe (c).

Lo que más lisonjea á la gran nación es el que su emperador es el amo del mundo, en lo

(1) El barón STEIN llama al matrimonio de Napoleón con María Luisa el gran triunfo de la Revolución. (PERTZ, *Leben des Freiherrn von Stein*, t. II, p. 347.)

(2) LEBEVRE, *Historia de los gabinetes de la Europa durante el Consulado y el Imperio*, t. II, p. 58.

(3) VÍCTOR HUGO, *Odas y baladas*, lib. II, oda IV.

(a) Él ataba á los reyes al carro de sus victorias.

(4) VÍCTOR HUGO, *Odas y baladas*, lib. III, oda I.

(b) Sus pies tachonados de reyes, cuyas cabezas se doblaban ante el yugo.

(c) Los reyes, hijos de cien reyes, se inclinan cuando pasa.

cual hay á la vez vanidad é instinto revolucionario:

*Sa main...
Fait à quelques soldats l'aumône d'un empire...
Ou fait vieillir des rois au séuil de son palais (a).*

¿Qué respeto pueden tener las generaciones venideras á esa dinastía con semejantes cantos? Los reyes se van, dice Chateaubriand, y lo tienen bien merecido, añade un demócrata americano. Jefferson escribía en medio de los horrores de la Revolución: "Estoy convencido de que la Francia triunfará completamente de las potencias extranjeras, y yo espero que este triunfo y la confusión de los tiranos que quieren invadirla, están destinados á iluminar la cólera de los pueblos de la Europa contra los que han osado hacerla servir de instrumentos en esta criminal empresa, que conducirá al fin á los reyes, á los nobles y al clero á los mismos cadalsos, por tanto tiempo inundados de sangre humana. Yo me estremezco aún al pensar en estos miserables..." (1). Hé aquí una profecía digna del año 94, en que fué escrita. Los reyes no perecerán sobre el cadalso, perecerán de una manera más trágica y por sí mismos: envileciéndose hasta figurar en las antecámaras de un soldado de la Revolución.

II

Mignet dice "que Napoleón ha sido contrarrevolucionario por su despotismo respecto á la Francia, pero que su espíritu conquistador le ha hecho renovador para la Europa casi inmóvil y en la cual varias naciones, adormecidas antes de su venida, vivirán de la vida que él les ha dado." Como contrarrevolucionario, Napoleón es el hombre del pasado. Pero la tentativa de restaurar el pasado es la más imposible de las revoluciones. Hé aquí por qué el omnipotente emperador fué de una impotencia singular en todo lo que emprendió para reconstituir el antiguo régimen. Hay más, sus medidas contrarrevolucionarias en sí mismas tenían algo de la Revolución; en este sentido, tenía razón en decir, en Santa Elena, que no se le había comprendido. Creó feudos: ¿quiere eso decir que hubiese querido re-

(a) Su mano... distribuye á algunos soldados la limosna de un imperio, ó hace que en el umbral de su palacio hagan antecámara los reyes.

(1) JEFFERSON, *Carta del 1.º de Mayo de 1794 (Mémoire et correspondance de Jefferson*, traducida por COUSHIL, t. I, p. 104).

sucitar el feudalismo? Aun había algunos restos de ese régimen en el continente. ¿Quién los ahuyentó? Napoleón. Un historiador alemán lo atestigua así: "El brazo poderoso de Napoleón, dice Gervinus, dió á los restos persistentes del feudalismo el más terrible golpe que jamás se les haya dado, y cuyos efectos les alcanzaron por todas partes. Ningún déspota merece más el odio que le profesó la nobleza feudal," (1).

No puede decirse que Napoleón fué el instrumento de Dios y que hizo lo que no quería hacer. Vamos á transcribir una carta que escribió á su hermano Jerónimo cuando creó el reino de Westfalia. Indudablemente, era la obra de la violencia; en 1813, indignados los Alemanes, sacudieron el yugo del extranjero, y no economizaron el insulto á los vencidos. Stein, el gran patriota, trata á la familia caída de canalla (2). Pero hé aquí que un historiador, de una rara franqueza, dice que Jerónimo, el calavera, valía cien veces más que todas las antiguas dinastías de la Alemania (3). Es cierto que si el nuevo rey hubiera realizado los proyectos de su hermano, sus súbditos hubieran sentido la caída de Napoleón. Dejamos la palabra al emperador: "No escuchéis á los que os dicen que vuestros pueblos, acostumbrados á la servidumbre, recibirán con ingratitud vuestros beneficios... Lo que desean con impaciencia los pueblos de Alemania es que los individuos que no son nobles y que tienen talento tengan igual derecho á vuestra consideración y á los empleos; es que toda especie de esclavitud y de lazos intermediarios entre el soberano y la última clase del pueblo sea enteramente abolida. Los beneficios del código Napoleón, la publicidad de los procedimientos, el establecimiento de los jurados serán otros tantos caracteres distintivos de vuestra monarquía," (4).

Tal vez extrañará ver al código Napoleón citado entre los beneficios del régimen imperial. En realidad, el código civil consagró las conquistas del 89, la libertad de las personas y de las propiedades, la igualdad de todos los ciudadanos: es, pues, la Revolución entrando en las costumbres

(1) GERVINUS, *Introducción á la historia del siglo XIX.*

(2) *Lumpengesindel.*

(3) SCHLOSSER, *Geschichte des XVIIIten Jahrhunderts*, t. VII, página 351.

(4) *Carta del 15 de Noviembre de 1807, á Jerónimo Napoleón, rey de Westfalia (Correspondencia de Napoleón*, t. XVI, página 196).

por medio de las leyes, una verdadera carta de emancipación. Introducir el código civil era abolir el feudalismo. Napoleón prosigue en su carta á su hermano: "Es preciso que vuestros pueblos gocen de una libertad, de una igualdad, de un bienestar desconocidos por los pueblos de la Germania, y que ese gobierno liberal produzca los cambios más saludables á los sistemas de la confederación y al poder de vuestra monarquía. Este modo de gobernar será una barrera más poderosa para separaros de la Prusia que el Elba, que las plazas fuertes y que la protección de la Francia. ¿Qué pueblo querrá volver bajo el gobierno arbitrario prusiano cuando haya probado los beneficios de una administración sabia y liberal? Los pueblos de Alemania, los de Francia, de Italia, de España, desean la igualdad y quieren las ideas liberales. Hace ya algunos años que conduzco los asuntos de Europa, y tengo lugar de convencerme que el zumbido de los privilegiados era contrario á la opinión general. Sed rey constitucional. Cuando la razón y las luces de vuestro siglo no fueran bastantes en vuestra posición, la buena política os lo exigiría."

Los príncipes de la confederación renana eran los prefectos de Napoleón, como su hermano Jerónimo. Tal es la acusación que los historiadores alemanes dirigen contra el régimen imperial. La censura es fundada. Pero para apreciar la influencia de ese régimen, es preciso ver cuál era el estado de la Alemania antes de la dominación francesa. Los historiadores alemanes dicen que la nación germánica, excepto algunos individuos, permaneció indiferente al gran espectáculo del 89; estaba tan acostumbrada á ser regentada por sus soberanos, que había perdido toda fuerza de iniciativa. No podía entrar en el movimiento revolucionario más que por una acción salida de arriba, que fué lo que se efectuó después del advenimiento de Napoleón. Su mediación tuvo por efecto el arruinar el antiguo edificio del imperio. Que los admiradores de antigüedades se afligan de ello; la historia no lo sentirá, porque nos enseña que esa buena vieja constitución no era otra cosa más que el feudalismo, no el feudalismo de la Edad Media rebosando vida, sino un feudalismo decrepito, petrificado, con todos los inconvenientes de una división infinita del poder soberano, sin tener las ventajas.

Los Estados eclesiásticos brillan en medio de la decadencia general por su incomparable nulidad:

la ociosidad, la mendicidad y el nepotismo florecían por todas partes. En los pequeños principados, los soberanos continuaban como en el siglo de Luis XIV; creían igualarlo, cuando tenían queridas, cantantes y bailarinas á montones. Entre esos imitadores del gran rey había uno que había sido hecho para reinar en una casa de locos más bien que sobre sus desgraciados súbditos. En tal principado, los jueces no podían dar una sentencia, porque no tenían ni papel, ni tinta, ni plumas. Los príncipes tenían que recurrir á singulares expedientes para proporcionarse dinero: ¡hubo uno que fabricó letras de cambio falsas! Los Estados relativamente grandes, tales como la Baviera, eran igualmente mal administrados: devoción falsa y corrupción en la corte, ignorancia, apatía, superstición en el pueblo. Eso era peor que la decrepitud, era la putrefacción; se necesitaba un Hércules para limpiar esas caballerizas de Augias. Bajo la influencia de Napoleón, los príncipes alemanes cortaron por lo sano, como había hecho la Asamblea constituyente; sin respeto alguno por las antiguallas germánicas, demolieron todo y reconstruyeron á la manera imperial. Los historiadores alemanes, poco dispuestos á elogiar el régimen francés, reconocen que los pueblos aplaudieron á ello; la voz del pueblo era la voz de Dios (1).

La monarquía de Federico II tenía necesidad de una violenta regeneración tanto como los pequeños Estados feudales. Nada lo prueba mejor que el desastre de Jena; un día bastó para destruir el ejército, y la nación se concentró en el ejército. Los vencidos se preguntaron cuál era la causa de esa catástrofe. Se lee en las cartas interceptadas á los oficiales prusianos: "Los Franceses son arrastrados por un ardor de que no se ve ninguna traza en nuestros soldados. ¿Qué queréis hacer con labriegos, conducidos al fuego por nobles, de cuyos peligros participan, sin participar nunca de sus recompensas?" (2). Una ordenanza del rey de Prusia introdujo la igualdad en las filas de su ejército y borró todas las distinciones de clase y de nacimiento. No se detuvo ahí el movimiento de igualdad. En 1810 fué abolida la servidumbre, y todas las profesiones se abrieron á todas las clases

(1) H. EUSSE, *Deutsche Geschichte*, t. II, p. 423 y siguientes.—BÜLAU, *Geschichte Deutschlands*, p. 73.

(2) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XXVI (tomo II, p. 251 y siguientes).

de la sociedad. La igualdad se hizo extensiva al suelo, como lo había hecho la Asamblea constituyente; la distinción de tierras nobles y de tierras plebeyas desapareció. La Prusia, dice un historiador alemán, tuvo su 4 de Agosto pacífico. Si, pero gracias al 4 de Agosto revolucionario y gracias al conquistador que destruyó la monarquía de Federico en Jena.

Hemos expuesto todo lo que hubo de violento en las relaciones de la república francesa con la Suiza. Pero la historia imparcial reconocerá que los principios que Napoleón hizo prevalecer como mediador eran los del 89: libertad, igualdad. Escuchemos al emperador hablando á los diputados de los diez y ocho cantones de la república helvética: "Las circunstancias, el espíritu de los siglos pasados habían establecido entre vosotros unos pueblos soberanos y otros súbditos. Nuevas circunstancias y el espíritu diferente de un nuevo siglo, conformes con la justicia y la razón, han restablecido la igualdad de derechos entre todas las porciones de vuestro territorio. Varios de vuestros Estados han seguido, durante siglos, las leyes de la democracia más absoluta. Otros han visto á algunas familias apoderarse del poder, y habéis visto en éstos súbditos y soberanos. Este orden de cosas debe cambiar. La renuncia á todos los privilegios es á la vez la voluntad y el interés de vuestro pueblo" (1). Así, pues, la Suiza debe á la mediación de Napoleón, verdadero heredero de la Revolución, en esta circunstancia, la igualdad del derecho entre los cantones y la abolición de los privilegios del patriciado.

Podría decirse que esos beneficios fueron caramente pagados por la Europa y por la Francia. Si, pero ¿es sólo la culpa del conquistador? Primeramente es preciso poner á la Francia fuera de la cuestión, pues que tuvo por conveniente el entregarse en cuerpo y alma á un hombre. En cuanto al continente, ¿es culpa de Napoleón, si se hallaba sumido en una irremediable decrepitud? Cuando los pueblos se abandonan á sí mismos, es preciso que acepten ó que sufran un salvador. Esos salvadores se parecen á los huracanes que purifican el aire, pero destruyendo todo. Napoleón fué ese huracán. Si los pueblos han sido hollados por el gran

(1) Alocución del 19 frimario, año XI (*Correspondencia de Napoleón*, t. VIII, p. 159).

guerrero, deben echarse la culpa á sí mismos. Lo que es cierto es que, sin la guerra y la conquista, el feudalismo aun mancharía hoy la Europa (1).

III

El 30 de Agosto de 1806, Pío VII escribió al cardenal Caprara: "Estamos demasiado obligados á ver en cada conquista de S. M. la ruina parcial de las instituciones religiosas y de las reglas de la Iglesia" (2). ¿Quién creería que el papa habla de Napoleón? Apenas acababa de consagrarlo, las iglesias resonaban aún con las alabanzas y las adulaciones que el clero prodigó al nuevo Constantino que había vuelto á levantar los altares. Hé ahí también una de esas contradicciones manifiestas que obligan al historiador á pronunciar juicios contradictorios. Sí, Napoleón volvió á levantar el catolicismo; es un acto que los revolucionarios no le perdonarán jamás. Pero también es cierto, como de ello se queja el papa, que el emperador prosiguió la obra de demolición empezada por el siglo XVIII. Hay en él dos hombres; su genio de déspota y de conquistador lo aproxima al pasado; su origen revolucionario lo empuja hacia adelante.

Hemos apreciado en otro lugar el concordato (3). Nada más tonto que las apologías de los escritores católicos que transforman al emperador en cristiano. En Egipto, el general Bonaparte fué musulmán; escribió al scherif de la Meca: "Somos amigos de los musulmanes y de la religión del profeta; deseamos hacer todo lo que pueda agradaros y ser favorable á la religión" (4). Dijo á los notables del Cairo "que no hay más Dios que Dios, que está lleno de veneración por el profeta árabe y por el libro de la Santa ley; les dijo que muchos franceses están convencidos de la superioridad del islamismo sobre todas las demás religiones; se jacta de haber destruido las iglesias y las cruces en los Estados que ha conquistado; se glorifica de haber derribado el trono del papa, ese enemigo eterno del islamismo" (5).

(1) El honrado SCHLOSSER lo reconoce. (*Geschichte des XVIIIten Jahrhunderts*, t. VIII, p. 342).

(2) SCHOBEL, *Archivos históricos y políticos*, t. II, p. 252.

(3) Véase mi *Estudio sobre la Iglesia y el Estado*, parte tercera.

(4) Carta del 8 fructidor, año VI (*Correspondencia inédita y secreta de Napoleón Bonaparte*, t. VI, p. 5).

(5) Carta al scherif de la Meca, por los scheiks y los notables del Cairo (*Correspondencia inédita de Napoleón Bonaparte*, to-